



Cuentos de un taller literario

El principio que motoriza el taller literario tiene que ver con la visión de la individualidad, cuya identidad se construye progresivamente en el conocimiento del yo y su entorno. La escritura como la lectura son herramientas fundamentales en ese descubrimiento y esa construcción.

He aquí la función de los talleres literarios y sus victorias, aunque con una persona cercana que nos abra el libro y nos seduzca con él, basta para iniciar la contienda y el proceso indivisible entre el que fuimos y el que comenzamos a ser a través de leer y escribir.

Los relatos van surgiendo a partir de la propuesta de quien conduce el taller: una imagen fotográfica, una frase, muchos son los posibles elementos que hagan de llave para abrir la imaginación y la empatía. Las vidas de cada quien, sus recuerdos, impactos emocionales, circunstancias, llevarán al tallerista a conectar las palabras, la memoria, la posibilidad de construcción de un texto que le identificará.

La construcción del sentido sucede a voluntad. Después vendrá la relectura y el encuentro con los otros. Los relatos de hoy son obra de autores que asisten al taller o asistieron, y he aquí algunos de sus textos.

Laura Antillano



La triste

Ejercicio acerca de un personaje que tiene un doble

Rachel Ortecho

La muchacha observaba con avidez los pinceles expuestos en la tienda de implementos especializados para el arte de la pintura. Alba solía pintar acuarelas pacientemente, capa sobre capa. Siempre pintaba. Había en su ser íntimo un pocito lleno de texturas posibles, de colores, de formas nuevas naciendo, cambiando. Aunque sólo tenía tiempo los fines de semana, sacaba en las noches algunos minutos para algún retoque, diseño, estudio o previos. Tenía la ilusión infantil de mostrar sus pinturas a sus amigos y contar la historia de cada una de ellas.

Al apartarse un poco para echar una última mirada al conjunto de objetos expuestos, el reflejo de la vidriera la sorprendió; ese rostro que veía tenía una expresión tan triste, ajada, pálida, que hubiera querido consolarla. Era el de ella.

Sonrió para ver su sonrisa, luego hizo alguna morisqueta sin llamar la atención, pero la imagen no cambió. Entonces sólo la observó.

Jamás dudó que aquel rostro compungido tuviera algo que decirle. Fuera secreto o no, mantenía su velo, lo único que le daba personalidad. ¿Qué decía?, ¿qué tenía escondido? ¿Sería algo más que un puro reflejo?

¿Era una premonición, una visión futura acaso?, ¿qué le advertía? ¿Le anunciaba acaso la muerte de alguien querido? Comenzaba a sentirse inquieta.

Su doble al igual que ella cumplía con cierta rutina. Salía todos los días temprano, la observaba en la ventanilla del metro, y de regreso por la noche en los mostradores plateados del mercado. Hacía las compras como ella, iba al trabajo, quizá pintaba también, pero si alguien más la veía no parecía notar la diferencia entre aquella imagen reflejada y ella. La descubría en todos los lugares que visitaba, y en el espejo del baño cada noche al igual que cada mañana se quedaba largo rato contemplándola sin decirle la razón de su tristeza.

Nadie conocido de ella fue a la exposición que organizaron



en el curso de pintura que llevaba. Luego, al enterarse que había ganado una mención honorífica, se sintió tan feliz que los invitó a todos nuevamente para que estuvieran en el acto.

Pronto se dio cuenta de que nadie quería acompañarla, todos tenían

VIENE DE LA PAG 1

alguna excusa y ni un asomo de interés por la ocasión. Decidió ir sola.

Llegó temprano, había mucha gente, todos conversaban, compartían su entusiasmo. Sus compañeros del curso estaban todos acompañados de numerosa barra entre familiares y amigos. Alba los observaba sintiéndose completamente invisible. Cuando anunciaron el comienzo del acto, salió del salón.

Fue aquel día de la premiación que la lluvia vació las calles, y solitaria parada en medio del bulevar veía el agua deslizarse en rápida corriente. Y en esa capa continua, incesante, vio a la otra. Corría la voz también como el agua, la voz de aquella, escuchó lo que decía:

—Nadie parecía verme, sólo tú.

A pesar del paraguas se mojaba sin remedio, a pesar de estar llorando nadie la veía, sólo la otra, que también lloraba. Las dos imágenes se confundían ahora.

Una mariposa volaba discreta entre las dos luchando afanosa contra el viento y la lluvia, y cuando cayó vencida en el charco a los pies de Alba siguió volando frente a la otra. El cielo estaba detrás, como detrás de Alba estaba también, desgajándose en gotas. Entonces comprendió la razón de esa tristeza más allá de la circunstancia en sí. En ese momento, la camioneta que venía bajando hacia la avenida tomó la curva demasiado rápido, patinó y se montó sobre la acera de la esquina llevándose la por delante.

La mariposa jugó un rato antes de irse, de desaparecer tras el resplandor del sol que de improvisto apareció entre las nubes que se abrían. Alba alcanzó a verlo y se dejó caer sobre el charco que abarcaba todo el pavimento y la pista.

La muchacha se separó de la imagen que observaba, oscurecida en ese instante, y corrió asustada, antes de que la camioneta que acababa de ver bajara y resbalara en la pista mojada.

Las nubes avanzaron llevándose la lluvia, el charco brillaba al sol.

Fin

Rachel Ortecho

es ingeniero químico pero su vocación es la de la escritura literaria. Estuvo en los talleres de La letra voladora en Valencia, finalizó una novela juvenil: *El tiempo de la araña*, con la cual ganó un premio en la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello y fue publicada en el 2009.

Este relato es del tiempo de su asistencia a los talleres. Ella por varios años se dedicó al oficio de bibliotecaria de la Escuela Luisa Cáceres de Arismendi en Valencia, e impartió, a su vez, talleres literarios a liceístas de la región.



Mi dulce tumba

ba, muy tranquilo, camino a mi casa, cuando de pronto todo comenzó a temblar. Vi como se me venía una pared encima y, sin poder correr, irremediablemente me sepultó. Desde ese momento en adelante comenzó mi soledad.

Oía voces lejanas, ruidos de muchas máquinas, hombres dando órdenes, otros maldiciendo al esfuerzo y al cansancio. No recuerdo cuánto tiempo estuvo mi cuerpo aprisionado entre los escombros, hasta que sentí que alzaban un enorme bloque de cemento. Pude ver el resplandor del sol y la cara de todos cuando exclamaban:

—Aquí está uno.

—Con cuidado, puede estar vivo.

—¿Vivo? Después de tantos días sepultado, ¡no juegue!

Un médico me agarró la mano, creo que para tomarme el pulso. Con un estetoscopio trató de oír los latidos de mi corazón. “Está muerto” —exclamó— y se alejó con la misma indiferencia con la que se había acercado.

¡Cosa rara, yo oía todo!

Traté de moverme, traté de gritar, todo fue en vano, me resigné y me dije: “Si ellos dicen que estoy muerto, me quedaré tranquilo. Es la opinión de la mayoría. Solo no puedo luchar contra ellos. ¿Cómo demostrarle que no estoy muerto?”

Una serie de preguntas y cosas, a velocidad vertiginosa, me pasaban por la mente. “¿Qué hago? Me siento bien —me decía— mejor me quedo tranquilo”.

Traté de abrir los ojos, no se me abrían; traté de levantar las manos,

tampoco. Traté de mover la boca, el mismo resultado. Era como si mi cerebro no quisiera ponerse de acuerdo con mi cuerpo. Sentí cómo me levantaban y me lanzaban en una camioneta llena de cadáveres. El chofer exclamó: “¡Van ciento veintisiete muertos! He dado nueve viajes y sin esperanzas de terminar”.

Arrancó en medio de un escándalo y ruidos de todas clases. Mi cuerpo bamboleaba de un lado a otro y en un frenazo que dio en su loca carrera, mi cabeza pegó contra una de las herramientas, entre tantos cadáveres, que cargaba la camioneta. ¡No sentí dolor! Empecé a asustarme y me preguntaba: “¿Será verdad que estoy muerto, entonces quiere decir que la muerte es así? Si es así, los que



“

Sentí el bamboleo de la carroza fúnebre al recorrer las calles...

”

están a mi lado deben sentir lo mismo, entonces me alegro de ir acompañado”. Llegamos al hospital. Un gentío en la puerta, lloraba, gritaba. “¿Quiénes son!”, “¿quiero verlos!”. Eran las exclamaciones más comunes. Mi vista hizo un recorrido alrededor y mis seres queridos no estaban por ahí cerca. “Pásenlos adonde están los otros. Colóquenlos en el depósito”. Un sitio lúgubre en donde me lanzaron sin ninguna consideración. En la oscuridad del sitio, comencé a cavilar. Metido en mis pensamientos estaba cuando sentí un golpe de luz. Abrieron la puerta y alguien exclamó: “¡Prepárense bachilleres, a todos estos cadáveres hay que hacerles la autopsia de ley! Si los familiares no los reclaman, nos quedamos con ellos para las prácticas”. Uno decía, con una de mis manos agarrada

y a la vez que me tanteaba: “Este ejemplar me gusta, me lo deja para hacerle el trabajo. ¡Ojalá no lo reclamen!”.

Ya para aquellos momentos había perdido la noción del tiempo cuando me levantaron en vilo y me acomodaron en una camilla. Sentí cómo pasaban por puertas, pasillos y por una de vaivén, como en un bar, me introdujeron en una sala iluminada. Había varias personas con las caras tapadas, manos enguantadas y un olor muy picante que no se me olvida. Prendieron un reflector que estaba colocado en el techo y sin perder tiempo empezaron a cortarme todo el cuerpo y me aserraron el cráneo.

“Regáleme esta parte del cerebro, doctor”, dijo alguien con una de sus manos metida en mi cráneo y arrancó algo que hasta hoy

Y después se deslizó en mi fantasía, como una melodiosa nota musical, la idea de lo dulce que debía ser el reposo de la tumba.

El pozo y el péndulo
Edgar Allan Poe

no sé lo que era. “¡Quiero el corazón!”, exclamó otro a su lado. “Me quedo con el hígado”, dijo un tercero colocado al lado del doctor. Durante un rato estuvieron repartiéndose mi cuerpo y yo sin poder protestar.

Tampoco se me olvida el olor a cacho quemado y formol que impregnó aquel ambiente. Me rellenaron el cuerpo con algodón, me cosieron y luego me vistieron con la misma ropa con la que me habían recogido.

¡Qué raro, nada de eso me dolió!

Me metieron en una larga gaveta y allí estuve no sé por cuánto tiempo, que pasó sin darme cuenta. Quizás dormí... quizás no dormí y de pronto sentí que halaban la gaveta y preguntaban: “¿Es este su hijo, señora?”. Vi a mi madre, vestida de negro y toda llorosa, que movía la cabeza en ademán afirmativo.

—Bueno, busque la urna para que se lo lleve, necesitamos este espacio para otro.

Mi mamá, ayudada por mi hermano y un enfermero, me acomodó en una urna de madera. Muy mala la madera y muy incómoda la urna. La cerraron y otra vez a oscuras.

Sentí el bamboleo de la carroza fúnebre al recorrer las calles.

Llegamos a mi casa y otra vez el alboroto, la gritería, los sollozos y el “aquí lo traen, bájlenlo con cuidado” y yo me decía: “Para que tanto cuidado si ya estoy muerto”.

Vi muchas caras conocidas cuando destaparon la urna. Unos se quedaban viéndome fijo. Otros les daban el pésame a mis familiares y los demás ni en cuenta me tomaban. Estaban preparándose para el velorio.

Cayó la noche y más gente llegaba. Más café, más chocolate, más cigarrillos, más de todo para la concurrencia a costa de mi situación. A golpe de medianoche, oí un chiste tan gracioso que me dieron ganas de reír, pero como yo era el muerto no podía hacerlo. Quise disgustarme por tantas conversaciones sin interés, pero pensé y me dije: “Tú también lo hiciste”.

Así transcurrió la noche en un ambiente nada agradable para mí. ¡Todo estaba animado!

Julio Barazarte Delgado

Qué lástima que el muerto era yo y todo por culpa de esa pared. Pero no era hora de lamentaciones, ya estaba amaneciendo y tenía que prepararme para mi entierro, que se llevaría a cabo en la mañana.

A la hora de salir de mi casa se presentaron los desmayos y los “tan bueno que era”, los chistes de mis amigos y de los conocidos tampoco faltaron, “quedó igualito, decían unos; otros respondían, “él siempre fue así, antes y después de su muerte”.

Más desmayos y mucho consumo de valeriana. Me taparon. Después sentí el paseo en hombros conocidos. No pude contar las calles que recorrimos, ellos a pie y yo sobre sus hombros. Introdujeron la urna en la carroza fúnebre. En una sola carrera llegamos al cementerio y sentí cuando me bajaban a la fosa. Oí como cayó la tierra sobre mi urna y sentí golpes de los pedazos de piedra que caían. Oí mucha gente llorar, entre ellos a mi madre, a mi hermana y me parece haber oído sollozar a mi hermano.

Después de todo ese acto, comenzó el silencio.

Solo, en esta oscuridad, en una misma posición, en esta urna tan incómoda, que ya se está desbaratando, sin poder mover, este olor putrefacto que se hace insoportable y una serie de animalitos caminando por todo mi cuerpo.

Mientras no hallo qué hacer, sigo esperando el día que deje de pensar, es decir, hasta siempre.

Fin

Julio Barazarte

Caracas, 1942. Es periodista y abogado con especialidades en deportes, movimiento olímpico y legislación deportiva. Ha ejercido ambas profesiones en diversos medios impresos, radiofónicos y televisivos. Ha sido galardonado con el Premio Nacional de Periodismo Deportivo en cinco oportunidades. Aficionado a la escritura y posee una serie de narraciones cortas inéditas.



Ausencias

La imagen del perro se impregna tanto en su retina que creyó sentir el olor de la descomposición. Era triste ver hasta como los seres más simples evocan un sentimiento de temor ante lo que puede ser la muerte. La lengua afuera, colgando de un lado, la mirada vidriosa y perdida, la rigidez del cuerpo ya frío y sin aliento, todo era la suma de la inercia postrada y sin alma de la no vida. Cuando tienes cinco años, solo sientes la pavorosa tristeza ante la pérdida y el temor de qué significa morir. No logras entenderlo de un todo, sino como un “no más” de eso o esto o alguien. Y se te cuela un miedo infinito que en las noches se transforma en pesadillas y hasta orinas la cama. En ese instante, eres como el cachorrito juguetón e indefenso que todavía no sabe cómo controlar los esfínteres, y está sin madre ni nodriza que seque con lamidas sus humedades.

Cuando tu mundo de cinco vueltas se reduce a jugar y aprender el abecedario y los números, descubres con imágenes más que con palabras, aunque trates de capturarlo verbalmente, preguntando cientos de veces lo mismo o muchas cosas.

Ahora, cuarenta años después, vuelves a tener las mismas pesadillas y no pasas mucho tiempo sin recordarlo. Es increíble, cómo todo ese acopio dormido de sensaciones y sentimientos que creías olvidado, y hasta eliminado de tu memoria, resurge de nuevo con la misma fuerza original. Lo que es peor, adicionalmente sientes una culpa insoportable, cuando recoges bajo las llantas, el cuerpecito arrollado y embestido exhalando el último aliento en tus brazos, de tu amigo amoroso y fiel que salía contento a recibirte moviendo la cola.

La tristeza es una serpiente enroscada que te muerde en sueños, como en la infancia. Fin



LA AUTORA

Sonia Prat estudió Periodismo en la UCV, es hábil en relacionar datos de diversos contextos en la construcción de sus historias. Es abuela desde tiempo reciente.



Leyendo con Manuela

Orimar Meneses

Señora Manuela, ¿le gustaría escuchar un poema esta noche?

Manuela giró confundida sin saber de dónde provenía la voz, se exaltó y pensó que algún traidor había entrado en su habitación, Lima tampoco es muy segura para ella.

Oriana entra en la librería y se enamora del libro de las más hermosas cartas de amor entre Simón y Manuela. Sin pensarlo mucho lo lleva consigo. Ya tarde esa noche después de dejar todo listo para el día siguiente se dispone a leerlo en su cama. No había avanzado mucho cuando en la página 9 observa una pequeña etiqueta con código de barras bidimensional, así que toma su dispositivo y lo escanea.

Hasta ese día todo había sido normal y rutinario en su vida. Pero no sabía lo que el código QR era capaz de mostrarle.

La casa se alzó desde el suelo estremeciendo todo, cada cosa se movió de su sitio, hasta los ratones salieron de sus cuevas. Un resplandor salía de la casa y podía verse desde el otro lado de la ciudad.

La muchacha se sobrecogió ante el insólito episodio. Nunca se habría imaginado que en la soledad de la habitación pudieran flotar todos los objetos, las ventanas se empañaron, las puertas se abrieron. Ella alzó las manos tratando de contener el reloj que se despegó de la pared. En ese momento, vio una figura, parecía la fotografía de una mujer, pero podía observar cómo se movía. En un intento titánico por levantarse logró acercarse a la figura, pudo meter la cabeza a través de la pared. Sintió como si se sumergiera en el agua, le costaba respirar, quedó aturdida hasta que se serenó y pudo observar a la valiente, culta, hermosa y temeraria “Caballera del sol”. Estaba sentada en su escritorio, frente a la hamaca “que estaba quieta como si esperara su dueño”. Pudo leer que escribía “Por su amor seré su esclava si el término lo amerita, su querida, su amante; lo amo, lo adoro, pues es usted el ser que me hizo despertar mis virtudes como mujer. Se lo debo todo, amén de que soy patriota”. Manuela...

Oriana no podía creer lo que veía, la situación la estremecía. En un magnífico esfuerzo logró meter el resto del cuerpo por la pared, sintió como este se desdobló y se adormecieron sus sentidos. Todo era azul, no podía ver nada más. Sentía vértigo y tenía taquicardia. No es fácil viajar a través de un portal que abre un código dentro de un libro.

Cuando por fin su cuerpo tuvo voluntad para volver a la normalidad pudo observar el resto de la habitación, sentir sus olores y hasta el coraje mezclado con dulzura de la libertadora del Libertador.

Sólo se le ocurrió decir: –Señora Manuela, ¿le gustaría escuchar un poema esta noche?

La guerrera la miró sorprendida, se levantó de prisa y tum-



bó la silla, la hamaca comenzó a mecerse y en segundos apuntaba a Oriana con un arma y le espetó: –¿quién eres sabandija?

La observó detalladamente, sus ropas extrañas que nunca antes había visto, los cabellos como arcoiris, dos cristales con bordes rojos frente a sus ojos, en una mano sostenía un extraño papel compacto con una imagen de ella y de Simón y en la otra una pequeña caja de material desconocido del que salía una luz blanca.

La muchacha tartamudeó su nombre y logró decirle casi como un susurro que venía del año 2016.

Manuelita se quedó paralizada. Bajó el arma, se acercó y tomó el libro de la muchacha. No podía creer lo perfecta que era su imagen y la de su amado en aquel papel. Lo abrió y allí estaban, muchas cartas entre ella y Simón, ¿cómo era posible?

Oriana balbuceó algunas palabras, –son sus cartas mi generala.

Manuela le dijo “mi asombro vive una verdadera y cruda realidad”.

Se sentaron y leyeron una página tras otra con una sublime calma. Hasta que asomó la aurora y la chica empezó a desorientarse, de pronto escucharon ruidos extraños y una fuerza desconocida creó de nuevo un vórtice en la pared, un torbellino la arrastró y la llevó de vuelta a su habitación. Todo estaba igual que siempre, pero ella no era ya la misma.

Son las 6:25 dice, el reloj que ahora cuelga perfectamente en la pared.

Fin

LA AUTORA

Orimar Meneses es egresada de la Facultad de Educación de la Universidad de Carabobo en el área de Idiomas. Ha laborado en el diario Ciudad Valencia, en distintas actividades. Es madre de dos niños y escribe relatos.

